

derarse en manera alguna un cuadro imaginario: para convencerse de ello, tómese el lector el trabajo de pensar un momento, y de seguro no han de faltarle nombres que escribir al pié de los retratos. Cuanto más se profundiza en el estudio de la fisiología de la incredulidad, mayor sorpresa causa el descubrir la parte que en las ideas falsas tienen los malos sentimientos.

Cuando los hombres se dividen por las opiniones, fingen citarse en la union para la caridad. Pluguiera á Dios que esa cita fuese dada y recibida sinceramente, que así como el verdadera amor procede de la fé, tambien vuelve á ella. En cambio los que no se inspiran afecto, no sienten necesidad de encontrarse,.... ni siquiera en la Iglesia. Y hé ahí la razon principal de que muchos no pongan los piés en ella.

CAPITULO V.

LA INACCION DE LA FÉ CAUSA FRECUENTE

DE SU MUERTE.

La fé sin actos, ¡es una fé sincera!

Sincera, sí; duradera, nó. La pereza moral, del mismo modo que la voluptuosidad, el orgullo y el ódio, vése castigada por la pérdida de la luz. Fenómeno sobrenatural respecto del cual es facilísimo dar naturales explicaciones.

Entre los incrédulos y los verdaderos cristianos existe una especie de partido medio que representa la abstencion. En el órden político hay abstenciones que sin embargo y ser sensibles todo el mundo está obligado á respetar, por lo mismo que se hallan impulsadas por móviles

elevados, y justificadas por el mayor desinterés; mas todo lo contrario sucede con esas abstenciones que la moral cristiana distingue con el nombre de indiferencia práctica. La primera se sacrifica á su principio: la segunda sacrifica el principio al egoismo más despreciable.

Pertenece á un siglo en el cual los hombres que no tienen el valor de sus opiniones inspiran poca simpatía, como tampoco la inspiran las opiniones que no tienen el valor de sus obras. Ya en los tiempos de Solon, existían penas especiales, aplicables á aquellos ciudadanos que en los días de conmociones políticas no tomaban parte en favor de uno ú otro partido, leyes que, como se comprende, tenían por objeto no dejar á persona alguna las ventajas de una neutralidad egoísta. Nunca ménos que ahora nos hemos sentido inclinados á borrar esta sentencia, por lo mismo que el partido de la neutralidad toma proporciones alarmantes en el seno del cristianismo. En cuanto que todo principio que permanece en estado de teoría, cuando debería traducirse en sacrificio, se vé destrozado como bandera abandonada por los que debieran defenderla, las convicciones religiosas se ven frecuentemente desmentida por acciones que distan mucho de serlo, y á la manera de los ma-

nantiales que se pierden por carecer de punto de salida, una gran cantidad de fé desaparece del mundo mundo, por falta de expresion exterior que la conserve, haciéndola brotar de sí misma.

No se trata al presente de añadir un nuevo sermón á los muchos que van pronunciados sobre los inconvenientes de la fé inactiva, sino de poner en evidencia sus íntimas relaciones con la incredulidad. Si, el hombre no es religioso á la manera que es filósofo, es decir por un estéril especulacion de su espíritu: sopena de establecer la contradiccion y la deshonra en su conciencia, su símbolo debe brillar en sus actos. Y esta contradiccion, tóngase en cuenta, resulta desde luego fecunda por demás en consecuencias impías porque así como se opera una accion reciproca del alma sobre el cuerpo y del cuerpo sobre el alma, nuestras obras dan vida á nuestras ideas, en mayor escala tal vez de la en que vemos que nuestras ideas determinan nuestras obras. En rigor lógico, el ser intelectual debería formar en nosotros el ser moral, mas en el terreno de la práctica acontece por punto general todo lo contrario.

Y hé ahí una nueva prueba de las palinodias que está dispuesto á cantar el espíritu, para li-

brarse de sus deberes de sumision respecto de la verdad. El hombre quisiera venir à pactos con el cristianismo, mediante las condiciones más descabelladas. Un dia, por ejemplo, le dice: Abandona tus dógmas y observaremos tu moral; otro dia, añade: Permítenos que prescindamos de tu moral y guardaremos tus dógmas. Elija quien quiera y pueda entre esas dos blasfemias, cada una de las cuales envuelve una apostasia. El racionalista niega el simbolo; el indiferente rechaza el decálogo; si este es más creyente que aquel, no puede decirse en manera alguna que tenga una verdadera religion; puesto que únicamente tiene la mitad de la suya.

¿Puede imaginarse abdicacion más tremenda de la razon? Toda conviccion religiosa supone una manifestacion exterior de sí misma, que constituye una práctica. Profesar el sistema de la fé inerte, vale tanto como afirmar que las creencias más imperiosas del alma son la única causa que debe existir sin efecto. Desde el punto de vista filosófico, esto nos conduciría à la desacreditada tésis del deísmo. Mas prescindamos de la fé sin las obras considerada como sistema, y fijémosnos en ella cual si fuese una simple consecuencia de la voluntad.

Cuando el Apóstol dijo que *La fé sin las obras*

es una fé muerta, no formuló un simple aforismo de teología mística; puesto que es una fé muerta en el sentido de que su inmovilidad se parece à la suspension de la vida, y más especialmente en el de que está condenada à perecer en virtud de una fatalidad inherente à su propia inercia.

Nada más fácil de concebir que este triste fenómeno. El hombre, que no en vano ha salido de las manos de Dios provisto de razon, obedece à propensiones lógicas más poderosas que toda voluntad contraria. En virtud de esta ley sus actos y sus ideas tienden à ponerse de acuerdo; del propio modo que buscan un mismo nivel las aguas de un estanque, y hé ahí por qué, dado caso que sus ideas no originen sus actos, sus actos originan sus ideas. Constituciones morales hay que resisten esta necesidad de equilibrio; mas el mayor número la sufre y cuando el equilibrio no es resultado del choque de la fé especulativa sobre las obras, opérase por el choque de la incredulidad que reina en las obras sobre la fé.

La fé inactiva, socavada ya por este vicio esencial, debe serlo también por efecto de su misma inactividad. Todo órgano que no funciona, está herido de una especie de parálisis. Cuan-

do nuestras facultades, sean de la clase que se quiera, han permanecido durante mucho tiempo aletargadas, han acabado por contraer una debilidad semejante á la impotencia. En cambio el ejercicio prudentemente dirigido, es una condicion de desarrollo lo mismo para el cuerpo que para la inteligencia. La *fé* progresa y declina, vive y muere en virtud de la misma ley. Convenido que la extincion de la caridad que se realiza en las almas por dejar de practicarla, no implique en manera alguna la extincion de la *fé*; mas no cabe desconocer que influye en que disminuya esa divina antorcha, y si, en ciertos casos, las verdades del cristianismo conducen á sus virtudes, hay otros en los cuales son las virtudes, las que ponen de manifesto sus verdades.

No es menester buscar en la metafísica la prueba de dicho aserto: para descubrirla basta con abrir los ojos. Téngase en cuenta además, que conviene en gran manera que Dios no consienta el que su revelacion pueda subsistir en nosotros en estado de vana teoría como todas las especulaciones hijas del orgullo. De aquí que la *fé* sobrenatural sea, en el hogar de nuestra alma, una especie de extranjera celestial, que

nos abandona en cuanto se rehusa doblar la rodilla para prestarle un tributo de honor.

Tales consecuencias no deben sorprenderos. Por lo mismo que la verdad cristiana es esencialmente experimental, es decir, que se halla destinada á verse realizar por sus adeptos, la práctica de esta verdad viene á ser un sexto sentido concedido al alma para apoderarse de ella. Por este medio logramos disfrutar sabores y visiones íntimas que forman conviccion sentida, más inquebrantable que la *fé* razonada. En semejante estado se experimentan los placeres de lo verdadeo más bien aún de lo que se comprenden: en cambio, en el instante en que se suspenden los actos religiosos, el espíritu se encuentra extraviado respecto de una multitud de puntos, cuyos extremos solo pueden explicarse debidamente en virtud de una aplicacion feliz, de manera que cuando se pretende dejar de practicar porque se ha dejado de creer, lo que realmente sucede, es que se ha dejado de creer porque se ha dejado de practicar.

En vano se pretenderia eludir este orden providencial; pocos son los incrédulos que no lo confirman, por lo mismo que es reducido por todo extremo el número de los que han pensado mal antes de haber obrado de la propia manera. Mu-

chos son en cambio los que se nos han presentado pidiéndonos un complemento de demostración para someterse á las obras, y este complemento lo tenían en las obras mismas. Tanto es así que en el punto y hora en que han vuelto á pronunciar las tiernas plegarias que en su infancia aprendieran, todo se ha presentado claro ante sus ojos y comprensible á su percepcion: y se comprende perfectamente, porque el hombre puesto de rodillas, no duda jamás. En cuanto acuden al tribunal sagrado y se presentan á la mesa eucarística, la religion no ha menester darles nuevas pruebas: bastan para ello las lágrimas de ternura que brotan de su pecho. Por consiguiente lo que conserva la imagen de Dios en el alma de los creyentes, no es en manera alguna el orgullo de la ciencia especulativa, sino la convicción arraigada en una conciencia fuerte y pura.

Si la fé que no practica puede morir á consecuencia de su inercia, con más motivo puede perecer en virtud de sus contradicciones. El valor de los hombres no debe ser medido por los principios que profesan, sino por las obras que realizan: *A fructibus eorum cognosctis eos*. Ahora bien, ¿á qué se reduce la vida de un creyente sin creencias manifiestas? A una profesion

continuada de incredulidad. Tanto es así, que, en honra de su moral, seria preferible que fuese incrédulo, de buena fé, á que fuese cristiano de mera especulacion: incrédulo, valdria más que sus opiniones; cristiano vale muchísimo ménos. Con razon ha dicho el conde de Maistre, que «el hombre de bien que va á misa, vale más que el hombre de bien que no va.» Habria podido añadir, que cuando el hombre de bien que no va á misa, pertenece al número de aquellos que tienen la dicha de creer, pierde en este mero hecho la ciencia de su bondad, por lo mismo que obra en oposicion á los principios de su conciencia, lucha contra su bandera, y entrega la fé á la irrision de los que no tienen ninguna.

No es acaso raro que este creyente se sienta animado de una virtuosa indignacion contra el impío que nada cree: sin embargo debe tenerse en cuenta que todavía existe un hombre ménos digno de aprecio que éste y es el que creyéndolo todo, no practica cosa alguna. La impiedad puede explicarse por una ilusion del pensamiento; la abstencion en que nos ocupamos, supone una capitulacion deshonrosa para la conciencia. El impío en sus tristes convicciones, ofrece un lado digno de interés: la franqueza y la consecuencia; el indiferente no tiene ni el valor ni la lógi-

ca de las suyas. En vano alega su fé como un paliativo de sus obras. Incrédulo le quedaria el recurso de esta excusa. «Padre perdonadlos que no saben lo que se hacen.» mas, creyendo y siendo infiel á la luz, ¿dónde encontrará los medios para justificarse?

Ahora bien, ese antagonismo entre un espíritu que dice: Creo, y una vida que responde: No creo, constituye al hombre en estado de mentira viviente. La costumbre adquirida de llevar en sí el pro y el contra, hace que conluya por no reconocer el uno ni el otro; su conviccion va embotonándose paulatimente, en lo que á las cuestiones de la libertad y del deber se refiere, y llega al escepticismo por el camino de la contradiccion. Se ha dicho de algunos novelistas que á fuerza de identificarse con determinados personajes de su invencion, han acabado por tomar su carácter. No sabemos hasta qué punto pueda considerarse fundado este aserto; mas lo que sí podemos asegurar es que el indiferente se convierte en incrédulo á fuerza de representar el papel de tal.

La inaccion prolongada de la fé, puede tambien convertirse en incredulidad por consecuencia de una parcialidad interesada: ¿Cuál es la

genealogía de la duda en el mayor número de los que la sufren?

Arrastrado por pasiones calenturientas déjase llevar un hombre en su juventud por el torbellino del mundo. Al principio goza, no discute y no se ocupa de Dios ni siquiera para blasfemar; mas lo coloca ora en pos de sus ambiciones, ora despues de sus intereses, ora finalmente más allá de sus placeres: tal es su primer paso en el camino de la negacion. La tempestad que se ha desencadenado en esa alma la conmueve profundamente, y no transcurre mucho tiempo ántes de que todas las verdaes oscilen ante sus miradas, como esos objetos fantásticos que giran ante los ojos de un hombre violentamente sacudido. Un dia ese distraido, ese disipado del placer ó de los negocios, se encuentra en una situacion tal que le permite pensar en la religion de sus abuelos, y entonces observa el profundo cambio que en él se ha realizado respecto del particular. Abandónola indiferente, y al encontrarse de nuevo con ella, la mira con prevencion y descontento de ella porque lo está de sí mismo, dispuesto á condenarla por que se siente condenado por ella, se inclina sin pureza de percepcion á conclusiones que se elaboran en él sin pureza de corazon: tal es el segundo paso. Vé-

mosle pues, considerando muy bellas áun las creencias que su madre le enseñara; pero abrigando un secreto deseo de que no sean verdaderas; obligado en conciencia á confesarlas; pero resistiéndose á ello por temor de verse obligado á sufrirlas. Y sin embargo llega el momento de tener que enarbolar un símbolo religioso; lo exigen las circunstancias que le rodean, los empleos que sirve, la sociedad que frecuenta. Mas en vez de proceder con serenidad y calma para ver claro en su camino, atúrdese tontamente, *hace la noche* en este camino á fin de no ver y donde cae, y repite una de las variantes de esa blasfemia siempre nueva y siempre antigua, encaminada á sostener que no hay Dios. En resumen la justicia del criminal sentenciando á muerte á su juez, para que este no le condene.

Milton nos representa á Satán atravesando los abismos del vacío, y encontrándose con el sol. Ante el espectáculo de esa grandeza deslumbrante de esplendor, el arcángel siente renacer en el fondo de su corazón algo de su destruida belleza, y arrastrado por un momento de entusiasmo, exclama conmovido: Sol, ¡qué hermoso eres! Mas acuerdase inmediatamente de que este astro es la luz del mundo que odia, y la obra de un enemigo que quisiera aniquilar, y

cediendo la admiración momentánea al arrebatado de la ira eterna, exclama huyendo: Sol, te aborrezco. Tales son los dos movimientos opuestos que, con relación á la fé, experimenta el creyente que no hace obras de tal. Trátase de reconocer la verdad religiosa y no tiene inconveniente en decir: Sol, ¡qué hermoso eres! Mas se trata de seguirla y lo evita diciendo: Sol, te aborrezco. Bien quisiera conceder á sus preocupaciones el honor de un origen intelectual; mas sus preocupaciones son el fruto de sus crímenes, y su empeño en destruir á Dios, precede de la necesidad de acallar sus remordimientos.

La fé que no se expresa por sus actos, se debilita pues por su inacción, por sus contradicciones, por su parcialidad y hasta por su concentración, que es también un principio de apostasía. La indiferencia práctica, si bien se considera, no es otra cosa que la supresión del culto exterior: ahora bien, así como el culto exterior es la manifestación del culto interior, tiende también á la conservación del mismo, por que el sentimiento vive de sus propias manifestaciones. Por esto un pueblo que hoy no fuese más que indiferente, con el transcurso del tiempo y con el auxilio de los acontecimientos, resultaría increíblemente antes de un siglo. Durante el período de la de-

cadencia romana, no habia uno sólo de los paganos distinguidos del imperio, dice Gibbon, que tuviese creencias; mas para cubrir las apariencias frecuentaban los templos con toda asiduidad, y hasta los mismos ateos disimulaban sus sentimientos bajo las vestiduras del pontifice. Al presente los que se envanece con el dictado de pensadores no tienen áun tanta prudencia. En tanto que los epicureos de Roma procuraban disimular su incredulidad, nosotros no vacilamos en demostrar por medio de nuestras acciones que la tenemos en mayor grado de lo que es realmente, y cuando se generalizan tales desórdenes, no tarda en descender muchos grados el nivel de las costumbres y de las ideas. ¿Cuál será el castigo social? ¿Consistirá en el azote de las tinieblas, en el de las epidemias, en el de la decadencia intelectual, ó en el de las humillaciones nacionales? Lo ignoro; mas lo que sé positivamente es que siempre y cuando los pueblos rehusan humillarse para la adoracion, Dios los humilla bajo el peso de su cólera; y que esta prueba, de la cual nos da repetidos testimonios la historia de lo pasado, no ha de fallar en el siglo del libre pensamiento.

Y téngase en cuenta que la neutralidad culpable cuyos peligros ponemos de manifiesto, á

más de ser la fuente de la incredulidad, es la causa de su propagacion. Toda accion humana, así para el bien, como para el mal, dispone de un círculo de accion más ó ménos extenso; todo ejemplo lleva en sí su poder de apostolado, de dónde se sigue, que no obstante sus convicciones, el cristiano indiferente hace de la principal autoridad de su vida, de su ejemplo, un atentado contra sus propias convicciones. ¿Qué debemos deducir de todas esas existencias que se van extinguiendo, prescindiendo de las prescripciones divinas? O que Dios es un autómeta, para el cual es de todo punto indiferente lo mismo el bien que el mal, ó que es una quimera inventada para servir de diversion á los hábiles y de espanto á los tontos. No tienen pues para qué molestarse en hacer propaganda de esos apóstoles de diversos matices, que atraviesan por entre el mundo que se derrumba, haciendo profesion de sanos principios y exhibicion de perniciosos ejemplos, porque sin ello sabemos perfectamente qué resultados podemos esperar. Hablarán al pueblo de sumision religiosa: mas el pueblo que verá que le hablan de un infierno que ningun temor les inspira, presumirá que se pretende alejarle del mal poniéndole por delante terrores imaginarios, como se hace con los niños á

quienes se aleja de ciertos lugares diciéndoles que hay trasgos y duendes que podrían comérselos. De manera que lo que en los unos no pasa de neutralidad, engendra la incredulidad en los otros; los padres pertenecen al partido de la abstención; pero los hijos militarán ya en el campo de la oposición. En otros términos, como es imposible proceder á las investigaciones de los opiniones, los actos nos dan testimonio de ellas; pero como todos los actos del indiferente revelan incredulidad, cuando esta propaganda se extiende, produce lo que significa, llegando un día en que los oráculos de las naciones, como los augures antiguos, no pueden mirarse sin soltar la carcajada, porque con la fórmula de la fé en los labios, se hallan sorprendidos de la incredulidad que existe en el fondo de sus corazones.

¡Ojalá que encontraran eco nuestras palabras entre muchos cristianos inconsecuentes que hallándose colocados en las esferas más elevadas de la sociedad, son vistos desde muy lejos, y que con las mejores intenciones ejercen sobre los demás perniciosa influencia! Como les diríamos á esos salvadores más ó ménos graves de la cosa pública que la patria les aguarda al pié de los altares, y que sus buenos ejemplos serian para ella más poderosos que todos los rasgos y habilida-

des de su diplomacia. Mas es en vano: oyen repetir que su Cristo ha muerto, y no quieren tomarse el trabajo de pasar desde su casa á la Iglesia para convencerse de lo contrario. Todo el mundo preconiza la religion por bien parecer; pero apenas hay quien se preste á sufrir su yugo. Nosotros la presentamos á los grandes y estos nos envian al pueblo, el pueblo nos envia á las mujeres y no transcurrirá mucho tiempo sin que las mujeres nos envíen á los niños. Víctima de tantos desdenes la religion avanza humillada, injuriada por los amigos y por los adversarios, y hace ya mucho tiempo que no obstante la nombradía de sus ejércitos, la nacion culpable de tamaña profanacion la habria ya expiado como otra Jezabel, bajo los piés de los corceles extranjeros, si algun nuevo Moisés con los brazos levantados sobre las cimas del Carmelo ó de la Cartuja, no se erigiera en verdadero salvador de su país (1).

Difícil seria medir la responsabilidad que alcanza á los cristianos que pretenden manifestar su fé por medio de obras que no la correpon-

(1) La última guerra ha justificado plenamente este doloroso sentimiento.

den. Gracias á ello los creyentes escandalosos producen más incrédulos que todas las teorías de la incredulidad juntas. Las genuflexiones oficiales que, de tarde en tarde, hacen ante la presencia del Señor no bastan para destruir el mal efecto producido por la predicacion impía de sus ejemplos. Atento á ellos, el buen sentido popular preguntase un día y otro día, si existe una cifra en el libro de la contribucion, ó un grado determinado en la escala termométrica de la instruccion pública, que dispense á los que en ellas se encuentran, de hacer la señal de la cruz, y dominadas las masas por semejante espectáculo, acaban por deducir que Dios ha sido inventado por la imaginacion de algun pensador opulento, con el objeto de que pueda vigilar sus arcas de hierro, evitar las revoluciones y hacer que se repartan los dividendos con la debida puntualidad.

Yo bien sé que los cristianos requeridos para que den muestra de tales, encuentran siempre á mano excusas favorables para dispensarse de ello, ¿mas qué aprovechan tales excusas delante de semejantes obligaciones? Lejos de nosotros la idea siquiera de negar nuestra commiseracion á los que carecen del valor indispensable, mas se trata de averiguar si los intereses en cuestion

son bastante graves para que valga la pena de concedérsela.

Consideraciones muy dignas de tenerse en cuenta, principalmente cuando se fija la atencion en que los discípulos más celosos del Evangelio, rinden tributo á la indiferencia en el sentido de que no son muchos aquéllos cuyos actos valgan tanto como las creencias. Esta infidelidad del hombre á sus propias convicciones, hace perder una gran cantidad de fé á aquellos que no la pierden totalmente. Chateaubriand ha puesto las siguientes palabras en boca de uno de sus héroes salvajes: *Los caminos de la amistad se cubren de abrojos cuando no se ven frecuentados.* Lo propio acontece con las ideas que conducen al hombre de la tierra al cielo: el día en que dejan de ser fecundas caminan á extinguirse completamente.